



Dos luchadores celtas armados, en una reconstrucción ideal las figuras del *Vaso de los Guerreros*, procedente de Numancia (por Enrique Ortega).

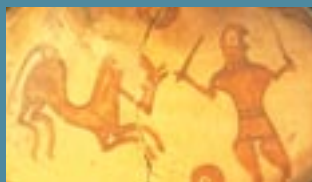
Los CELTAS en España

Llegaron a la Península antes que los griegos y, en contacto con los iberos, desarrollaron una original fusión cultural. Belicosos y exquisitos artesanos, los celtas renacen hoy de sus cenizas en una ambiciosa exposición en la ciudad de Ávila, uno de sus míticos reinos que sucumbieron ante Roma



Los guerreros del sol

Martín Almagro-Gorbea
pág. 44



Celtiberia, una cultura autóctona

Alberto J. Lorrio
pág. 49



El país de los verracos

Jesús R. Álvarez-Sanchís
pág. 54



Resistencia a Roma

María Mariné
pág. 58

Los GUERREROS del sol

Procedentes de las estepas asiáticas, los celtas pusieron hace 5.000 años uno de los puntales de la identidad peninsular con que se encontraron griegos y romanos a su llegada a Iberia. **MARTÍN ALMAGRO-GORBEA** pasa revista a los misterios que aún rodean a este pueblo

Los celtas suscitan cada vez mayor interés, en especial los que habitaron la Península en la Antigüedad. Constituyen una de las principales raíces culturales y étnicas de España y de Europa, pero es el misterio de su origen y su marcada personalidad, reflejada en tradiciones del folclore y en leyendas medievales, lo que suscita mayor atracción. Extendidos desde Irlanda y Galicia en Occidente hasta la lejana Galacia, en la actual Turquía, por Oriente, y desde Escocia hasta Andalucía, se los considera originarios de Europa Central, aunque como todos los indoeuropeos debían ser originarios de las estepas euroasiáticas. No se sabe bien, sin embargo, cómo ni cuándo llegaron a la península Ibérica, donde ocupaban el Centro, el Norte y el Occidente.

Aparecen citados por primera vez por los griegos Hekateo y Heródoto como habitantes del Occidente. Los debieron conocer en la península Ibérica y a través de *Massalia*, la actual Marsella, colonia situada junto a la desembocadura del Ródano, vía de penetración hacia Europa Central, aunque también tendrían noticias de esas gentes a través de los Balcanes, pues He-

MARTÍN ALMAGRO-GORBEA es catedrático de Prehistoria y miembro de la Real Academia de la Historia.

ródoto sitúa a los celtas en el nacimiento del Danubio.

Su origen resulta un tema muy difícil. Cuando los griegos los conocen en el siglo VI a.C., en el Occidente de Francia y en Alemania meridional se desarrolla la Cultura de Hallstatt, nombre de un famoso yacimiento situado en un lago austríaco. Al haberse iniciado el estudio de los celtas en Europa Central en el siglo XIX, se identificaron con dicha cultura y con la de La Tène, pero esta identificación no es posible en otras áreas habitadas por ellos. Por ejemplo, hace pocos años se ha descubierto que gentes de Campos de Urnas del Norte de Italia hablaban una lengua celta escrita en caracteres etruscos, el *insubrio* y el mismo hecho plantean los celtas de la península Ibérica y de Irlanda en el Bronce Final.

Sociedad jerarquizada

La hipótesis más plausible es que en la segunda mitad del III milenio a.C., gentes del Vaso Campaniforme, con elementos procedentes de Europa Oriental, se extendieron por Europa Central y Occidental con una organización jerarquizada guerrera y creencias solares, que, a través de la Edad del Bronce, acabaron conformando el mundo de los celtas. Pero una etnia la conforman la lengua, las creencias y formas de vida, la raza y la organiza-

ción social, elementos que varían como consecuencia de su propio desarrollo y por contacto con otros pueblos, lenguas y culturas. Por ello, los celtas conocidos por los escritores de la Antigüedad cuyos restos arqueológicos estudiamos se debieron formar progresivamente, en un proceso de "celtización acumulativa", lo que explica su variedad cultural, aunque todos ellos hablarían lenguas célticas más o

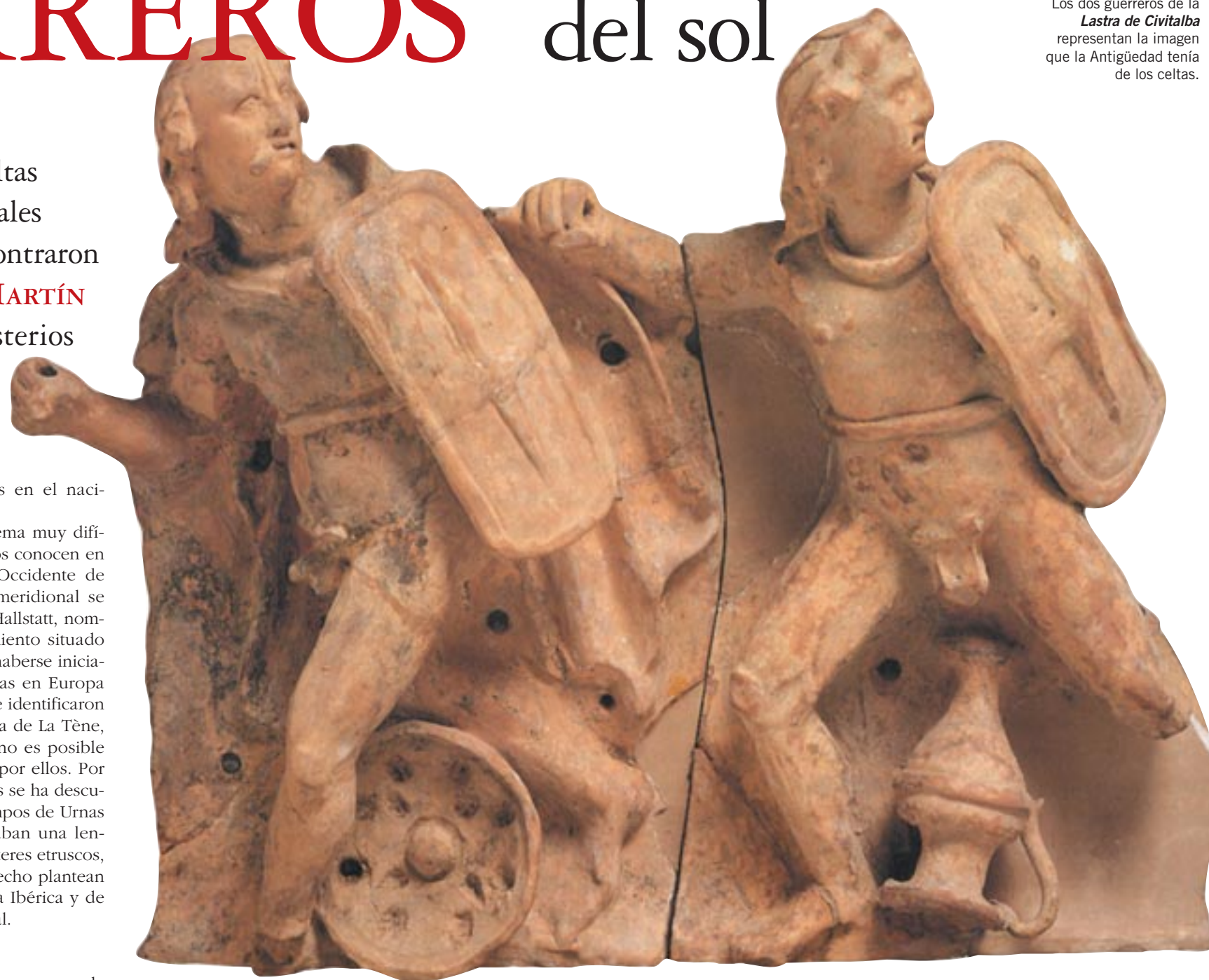
menos próximas y mantendrían costumbres semejantes, lo que permitía su identificación.

La península Ibérica, en el extremo suroeste de Europa, constituye el territorio más occidental y meridional ocupado por los celtas en la Antigüedad y de ella proceden las primeras noticias transmitidas, como la *Ora Marítima* (1,185 s., 485 s.) o Heródoto (2,33; 4,49), que indica que los celtas habita-

ban "más allá de las Columnas de Hércules", el actual Estrecho de Gibraltar.

En esta zona del mundo céltico, el contacto con tartesios e iberos afirmó su personalidad, enriqueciendo su cultura que los diferenciaba de los celtas de allende los Pirineos, con quienes mantenían contactos, por lo que Hispania ofrece el mejor conjunto epigráfico céltico anterior a las tradiciones literarias irlandesas medievales.

Los dos guerreros de la **Lastra de Civitalba** representan la imagen que la Antigüedad tenía de los celtas.

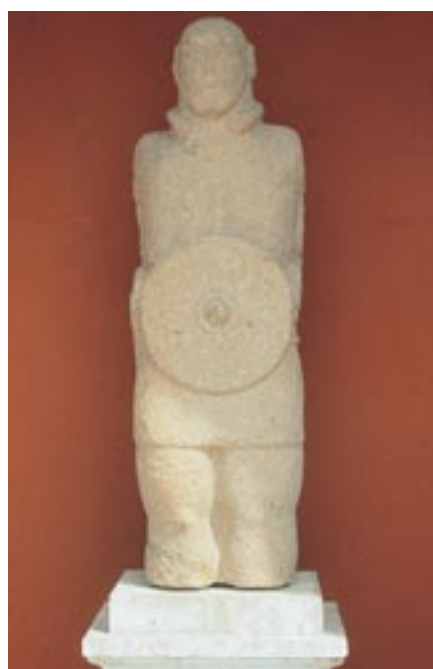


El **Casco de Agris**, de oro y coral, es una de las mejores piezas que se han conservado de la orfebrería celta y una de las joyas de la exposición *Celtas y Vettones* de Ávila.

Los griegos y romanos denominaron celtíberos a los "celtas de Iberia", aunque este nombre también aludía a su doble raíz etno-cultural, pues Marcial, el gran poeta latino del siglo I d.C. nacido en la celtibérica Bilbilis, la actual Calatayud (Zaragoza), decía que los hispanos descendían de celtas e iberos, *nos Celtis genitos et ex Hiberis*. Esta peculiaridad ha dificultado la comprensión de los celtas de la península Ibérica, cuyo estudio es uno de los campos más atractivos de nuestra Protohistoria.

Sucesivas invasiones

El origen de los celtas en la Península Ibérica se ha explicado siempre por medio de invasiones —desde Pedro Bosch Gimpera o Martín Almagro—, idea también mantenida por los lingüistas, como Antonio Tovar. La más antigua habría traído una lengua indoeuropea considerada "precelta", denominada "lusitano", extendida por las regiones atlánticas del Occidente, donde habrían quedado arrinconados posteriormente por los celtas propiamente dichos. De otra invasión posterior serían los celtíberos, cuya lengua, documentada en inscripciones en alfabeto ibérico y latino, es, sin embargo, más arcaica que el galo, el goidélico de Irlanda o el britónico de Bretaña. Pero lingüistas y arqueólogos no han logrado ofrecer una visión válida para el



Guerrero de Lezenho, con escudo, espada corta y el característico torques al cuello.

problema del origen de los celtas en la península Ibérica.

Por ello es interesante conocer la evolución cultural de la antigua "Celtiberia", la *Keltiké* o mundo celta de Iberia (Plinio, *N.H.* 3,29), de donde procede la mayoría de los testimonios culturales célticos. Gran parte de la Meseta, a partir de la Edad del Bronce, en el II

milenio a.C., estaba ocupada por la "Cultura de Cogotas I", que vivían en pequeños grupos de cabañas con una economía agrícola y ganadera de trashumancia local y con tecnología metalúrgica del Bronce Atlántico. Tenían creencias religiosas ancestrales, de origen indoeuropeo, como ofrendar armas a las aguas, costumbre quizás asociada a ritos funerarios que pervivió entre los celtas. También tenían "altares rupestres", como los de Ulaca (Ávila), Peñalba de Villastar (Teruel), donde se asocia a un santuario al dios celta Lugo Cabeço de Fragoas, cuya inscripción alude a un ritual de sacrificios de toros, ovejas y cerdos comparable al *suovetaurilia* romano y al *sautra-*

Este substrato indoeuropeo, extendido antes del año 1000 a.C. por el Occidente y el Norte de la península Ibérica, es anterior a las culturas célticas identificadas en Alemania, las Galias o Irlanda y debe considerarse "protocelta", pues sus elementos característicos son celtas, si bien más arcaicos, como herencia de tradiciones atlánticas seguramente introducidas en época campaniforme, lo que explica las afinidades de ese mundo céltico desde las islas Británicas a la península Ibérica, cuyo origen y características no pueden explicarse por invasiones de celtas desde la Europa Central.

Paralelamente, a partir del Bronce Final, hacia el 1200 a.C., la Cultura de los

LA PERSONALIDAD CELTÍBERA SE MANIFIESTA EN LAS MONEDAS, DERIVADAS DE LAS IBÉRICAS, Y EN ARMAS COMO LOS ESCUDOS REDONDOS

mani indio, ritos indoeuropeos ancestrales que confirman la referencia de Estrabón (3,3,7) a hecatombes. Dicho substrato religioso practicaba los sacrificios humanos (Estr. 3,3,6-7; Liv., Per. 49) y tenía divinidades con nombres en Bandua, Cosus, Navia, Pala, Reve o Treba, cuya etimología y características permiten considerarlas celtas.

Campos de Urnas, originaria de Europa Central y de la que proceden los celtas de Europa Central y del Norte de Italia, penetra por todo el cuadrante Noreste peninsular. Pequeños grupos de agricultores de los Campos de Urnas, quizás gentes de un tronco celto-ligur, se extendieron hasta el valle del Ebro y el sistema Ibérico, la futura Celtiberia, a inicios del I milenio a.C., entrando en contacto con el citado substrato atlántico. Poco después, a inicios de la Edad del Hierro, surgen los castros y necrópolis de incineración que constituyen la fase inicial de la Cultura Celtibérica, que continúa hasta la llegada de Roma, que denominó a sus gentes Celtiberi.

El origen de los castros

La aparición de esta cultura se explicaba por grupos humanos que habían traído consigo dichos poblados y necrópolis. Pero más lógico parece que la cultura celtibérica sea de formación compleja, lo que no excluye pequeños movimientos de gentes, no invasiones generalizadas. Los castros surgen a causa de la presión demográfica producida por las innovaciones agrícolas y ganaderas de trashumancia estacional, que permitiría el óptimo aprovechamiento del terreno. Esta economía favorecía una organización social guerrera jerarquizada, típica de culturas pas-



El gran altar rupestre del castro de Ulaca, como el de Peñalba de Villastar, en Teruel, serviría probablemente para sacrificios de animales.

toriles, que se refleja en ajuares ricos con armas, característicos de las necrópolis celtibéricas, símbolo de una clase aristocrática gentilicia paralela a la surgida por en Centro y Suroeste de Europa que adoptaría la cremación por sus creencias en la heroización de los antepasados, relacionada a su vez con cultos solares y al hogar doméstico documentado por "morillos rituales". Esta tradición de los Campos de Urnas explica las semejanzas con otras tumbas similares del Suroeste de Europa, pero sus diferencias cronológicas, del siglo VII al V a.C., impiden considerarlas resultado de una invasión. Estas jerarquías guerreras de carácter gentilicio adquirirían clientes para formar grupos cada vez más cohesionados y estables, favorecidos por el uso del hierro, abundante en estas regiones, y en sus ricas tumbas aparecen atalajes de caballo que evidencian la formación de una clase ecuestre que acabaría conformando las elites celtas urbanas a partir del siglo III a.C. De este modo se explica el origen de la Cultura Celtibérica, principal núcleo céltico en la Hispania Prerromana, su estructura socio-económica y su capacidad expansiva, con la consiguiente "celtización" del substrato "protocéltico", hasta que los ro-

manos cortan este proceso tras más de dos siglos de resistencia.

La Cultura Celtibérica, en contacto con el mundo ibérico, asimiló elementos mediterráneos, proceso esencial para comprender la personalidad de los celtas de la península Ibérica, tan diferentes de los rasgos de otras zonas del mundo céltico. Armas, fibulas y cerámicas testimonian estímulos mediterráneos desde el siglo VI a.C. Este proceso de apertura al Mediterráneo culmina a partir del siglo III a.C. con la aparición de la vida urbana, pues, por influjo mediterráneo, ante la presión de púnicos y romanos, los castros tendieron a concentrarse en *oppida*, poblaciones fortificadas de tipo urbano como centro político y administrativo de un territorio cada vez más amplio y jerarquizado.

En los *oppida*, las armas tienden a desaparecer como símbolo de

estatus sustituidas por torques, joyas y vajillas suntuarias, acumuladas en tesoros que testimonian un artesanado de gran personalidad. Paralelamente, aparece la escritura, la moneda para el pago de tasas y tributos y el urbanismo ortogonal, de calles rectas siguiendo modelos ibéricos, por lo que una población céltica del Valle del Ebro, como Contrebia Belaisca (Botorrita, Zaragoza), no se diferenciaba de las poblaciones ibéricas colindantes.

Cerámica ibérica

Característica de esta fase es la "cerámica celtibérica" decorada a torno al modo ibérico pero con representaciones y símbolos celtas cercanos al mundo de La Tène, como las de Numancia, que suponen uno de los más interesantes capítulos de todo el arte céltico. También la personalidad de los celtíberos se manifiesta en sus monedas, derivadas de las ibéricas en tipos y metrología, y también en el armamento, pues junto a espadas de antenas y de La Tène se usan armas mediterráneas, como escudos redondos, discos-coraza o espadas "de frontón". Pero el elemento cultural más característico fue su escritura, adoptada de los iberos a principios del



Torques de Vilas Boas, un elemento de estatus que usaban las clases dirigentes.

EXPOSICIÓN: CELTAS Y VETTONES

La exposición *Celtas y Vettones* que se muestra en Ávila hasta el 9 de diciembre exhibe 400 piezas procedentes de más de 20 museos de Europa; 210, de Europa y 175, de Hispania. Impulsada por Martín Almagro-Gorbea, de la Real Academia de la Historia y comisario de la muestra, *Celtas y Vettones* cuenta con dos sedes distintas: la iglesia románica de Santo Tomás el Viejo, donde se mostrarán las piezas de los celtas procedentes de la península ibérica —*Los celtas en Hispania*—, y el Torreón de los Guzmanes, un edificio del siglo XVI, que albergará piezas procedentes de las culturas celtas europeas —*Los celtas en Europa*—.

Bajo el epígrafe *Arqueoturismo Celta*, la exposición se completa con un recorrido por los castros celtas de la provincia y paisajes de inolvidable belleza: el castro

de Chamartín, Ulaca, Las Cogotas, Mesas de Miranda, Castillejos, El Raso y los Toros de Guisando. En la sección dedicada a los celtas peninsulares, destacan las emblemáticas piezas del *Vaso de los Guerreros* de Numancia o los *Torques de Vilas Boas*. Entre las que sólo se podrán ver hasta diciembre, destacan piezas como el *Casco de Agris*.

En la exposición han colaborado la Diputación Provincial de Ávila —a través de la institución Gran Duque de Alba—, la Real Academia de la Historia, la Fundación del Patrimonio Histórico de Castilla y León y el Museo de Ávila.

Horario: 10,00 a 20,00 h.

Entrada adultos: 400 ptas.

Grupos especiales: 200 ptas.

Estudiantes y jubilados: gratuita.

Reserva de entradas: 920 35 71 29



Castro de Baroña, junto al mar, un magnífico ejemplo del legado celta en la península Ibérica. En ellos, las mujeres se dedicaban a la agricultura y los hombres cuidaban del ganado.

siglo II a.C., utilizándola en monedas, pactos de hospitalidad, estelas funerarias, grafitos sobre cerámica, etc., lo que prueba su generalización. En el valle del Ebro utilizaron largos textos jurídicos en bronce. En Contrebia Belaisca ha aparecido el más largo texto céltico de la Antigüedad y otro latino que documenta un pleito por el paso de un acueducto por terrenos públicos y privados que trasluce una organización política con magistrados y complejas instituciones de arbitraje, pues la ciudad celtibérica de Contrebia Belaisca hace de árbitro entre una ciudad ibera y otra vascona.

Fusión cultural

A partir del siglo VI a.C., los celtíberos tendieron a expandirse sobre el substrato "protocéltico" atlántico aprovechando la afinidad cultural, social, lingüística e ideológica entre los celtíberos y los pueblos del centro, carpetanos, vacceos y vettones, los lusitanos y galaicos del Occidente, y los astures, cántabros, berones, turmogos, pelendones, várdulos, caristios y autrogones, del Norte. Desde esta perspectiva, los celtas de Hispania pueden explicarse por un proceso de celtización muy largo y complejo, sin excluir movimientos étnicos como los que ocasionalmente citan las fuentes, proceso que daría lugar a

una celtización paulatina de las zonas afectadas. Así se explica que los *celtici* de la Bética procedan de la Celtiberia según Plinio (3,13), mientras que los *galli* del valle del Ebro o los *gallaeci* que han dado nombre a Galicia deben relacionarse con sus homólogos galos de allende los Pirineos. Este fenómeno tendría un efecto aculturador, al favorecer la difusión del sistema gentilicio y sus clientelas hacia los pueblos del Occidente, como vettones, lusitanos y galaicos. De este modo se comprende que en *Gallaecia* y todo el Norte se mantuvieran castros de casas redondas con una tradición matriarcal en que las mujeres trabajaban la tierra mientras los hombres se dedicaban al ganado y a la rapiña (Estrabón 3,4,18; Justino 44,3,7), su onomástica hace referencia al poblado, no a la estirpe, su lengua se relaciona con el "lusitano" y mantenían divinidades primitivas y el culto a las peñas y a las aguas, sin practicar la incineración de los cadáveres, lo que corresponde al substrato "protocéltico". Pero el empleo de torques y cascos "célticos", el nombre actual del arado o del carro en gallego y algunos etnónimos locales como *Celtici* o *Gallaeci*, manifiestan una re-celtización de esta región en un momento tardío, proceso interrumpido por la conquista romana.

Por último, hay que recordar el lega-

do dejado por los celtas en la península Ibérica. De ellos procede muchos nombres de lugar, como Galicia o Segovia o de ríos, como Gállego o Deva. Más vivo es su legado en ritos de nuestro folclore originarios de sus creencias sociales y religiosas, desde Galicia a Soria y Teruel, como las hogueras de San Juan, el Árbol de Mayo o el poder curativo de las fuentes "santas", además del nombre celta mantenido en diversas lenguas romances para elementos del carro, de aperos y de cosas tan tradicionales como la cerveza, palabra que ha mantenido su nombre céltico, *cerevisia*, aunque todavía sea imposible conocer sus elementos antropológicos.

Pero cada día es más importante su espléndido legado a nuestro rico patrimonio arqueológico. Sus castros y esculturas, como los "guerreros lusitanos" o los "verracos" y los objetos de su artesanado especializado enriquecen nuestros museos y son el mejor testimonio de su personalidad y capacidad artística, pues constituyen uno de los capítulos más originales del arte y la cultura céltica de toda Europa.

Esperemos que la creciente atención por parte de los estudiosos y de todo el público interesado permita disfrutar cada día más dicho legado y comprender mejor este fascinante mundo céltico, que constituye una de las raíces de



Denario de Sekobirikes, con el típico peinado celtibérico de grupos de círculos concéntricos.

CELTIBERIA

una cultura autóctona

Alejada de las corrientes continentales por su situación periférica y sometida a la influencia ibera, la cultura celta desarrolló formas autóctonas en la Península. **ALBERTO J. LORRIO** descifra la información social que encierran los castros y las necrópolis celtíberas



Esta vasija, procedente de Numancia, muestra una escena en la que un hombre parece **amaestrar a un caballo**.

Los celtíberos fueron, de los pueblos célticos peninsulares, los mejor conocidos, jugando un papel histórico y cultural determinante en las guerras en la península Ibérica durante el siglo II a.C., que culminaron en el año 133 a.C. con la destrucción de Numancia. No obstante, la primera referencia a la Celtiberia se encuadra en el contexto de la II Guerra Púnica, al narrar Polibio los prolegómenos del asedio de Sagunto, en la primavera de 219 a.C. Desde entonces, las menciones a la Celtiberia y los Celtíberos son abundantes y variadas.

A partir de fuentes tan distintas como las literarias, la epigrafía, la lingüística y la arqueología, Celtiberia se configura como una región geográfica individualizada en las altas tierras de la Meseta Oriental y la margen derecha del valle medio del Ebro, englobando la actual provincia de Soria, parte de Guadalajara y Cuenca, el sector oriental de Segovia, el sur de Burgos y La Rioja y el occidente de Zaragoza y Teruel, llegando incluso a la zona noroccidental de Valencia.

El análisis de las etnias celtibéricas, y su delimitación mediante las ciudades que se les adscriben, permite determinar unos límites aproximados para Celtiberia. En este sentido pueden valorarse los apelativos de ciertas ciudades que hacen referencia a su carácter limítrofe, como Segóbriga, en Cuenca, Clunia, en Burgos, o Contrebia Leucade, en La Rioja. Aunque no está clara la nómina de pueblos incluidos bajo el término genérico de celtíbero, parece fuera de toda duda tal filiación para arévacos, belos, titos, lusones y pelendones, resultando más discutible la adscripción de otros grupos, como olcades o turboletas.

Pero este panorama corresponde a un momento contemporáneo o posterior a la conquista del territorio por Roma, teniendo que recurrir al registro arqueológico para abordar el proceso de formación y evolución de la cultura celtibérica, con lo que resulta adecuado utilizar el término “celtibérico” referido a un sistema cultural bien definido, que abarcaría desde el siglo VI a.C. hasta la conquista romana y el período inme-

ALBERTO J. LORRIO es profesor titular de Prehistoria de la Universidad de Alicante.



Esta imagen es una de las pocas **representaciones femeninas** que nos ha legado la cerámica celta de la Península. Fragmento de una pieza procedente de Numancia.

diatamente posterior. En cualquier caso, es evidente que esos “Celtíberos Antiguos”, identificados por la arqueología, son un precedente inmediato de los *Celtiberi* citados en las fuentes literarias desde fines del siglo III a.C.

Poblamiento continuado

Aunque la reducida información sobre el final de la Edad del Bronce en la Meseta Oriental dificulta la valoración del substrato en la formación del mundo celtibérico, ciertas evidencias confirman la continuidad del poblamiento, al menos en la zona donde el fenómeno celtibérico irrumpe con mayor fuerza: el Alto Tajo-Alto Jalón-Alto Duero, constatándose igualmente aportes étnicos de grupos de Campos de Urnas procedentes del valle del Ebro, que quizás fueran portadores de una lengua indoeuropea precedente

de la celtibérica, documentada únicamente a partir del siglo II a.C. En torno al siglo VI a.C., se registran en las altas tierras de la Meseta Oriental y el Sistema Ibérico, en lo que se conoce como Celtibérico Antiguo (h. mediados del siglo VI - mediados del V a.C.), importantes novedades que afectan a los patrones de asentamiento, al ritual funerario y a la tecnología, con la adopción de la metalurgia del hierro. Surge un buen número de poblados, generalmente de tipo castreño, que constituyen los primeros asentamientos estables en este territorio. Aunque hay pocos datos sobre este tipo de hábitat, se documenta ya desde esta fase el tipo de poblado de casas rectangulares adosadas y muros cerrados hacia el exterior a modo de muralla, característico, aunque no exclusivo, del mundo celtibérico. Asi-

mismo, destacan la ausencia de jerarquización interna y su orientación preferentemente agropecuaria, aunque los datos sean aún muy parciales.

Corresponden a este momento los más antiguos cementerios de incineración de la Meseta Oriental, algunos de los cuales llegan a estar en uso desde el siglo VI hasta el I a.C. Estas necrópolis ofrecen una ordenación interna característica, con sepulturas alineadas formando calles, generalmente con estelas. Los ajuares funerarios hablan de una sociedad guerrera, con indicios de jerarquización social, en la que el armamento, caracterizado por largas puntas de lanza, es un signo exterior de prestigio.

Rituales funerarios

Las necrópolis y poblados de la fase inicial de la Cultura Celtibérica revelan la existencia de aportaciones de diversa procedencia y tradiciones culturales variadas. En este sentido, se plantea un origen meridional para algunos de los objetos hallados en los ajuares funerarios, sin excluir su llegada desde el Noroeste peninsular a través del valle del Ebro, junto al propio ritual, la incineración, y a las urnas que formarían parte de él. Similar procedencia debe plantearse para el tipo de poblado de calle central.

La nueva organización socioeconómica impulsaría el crecimiento demográfico y llevaría a una creciente concentración de riqueza y poder por parte de quienes controlaran las zonas de pastos, las salinas —esenciales para la ganadería y la conservación de alimentos— y la producción de hierro, que permitió desarrollar un eficaz armamento, lo que explicaría la aparición de una organización social de tipo guerrero progresivamente jerarquizada, uno de los elementos fundamentales para entender el desarrollo de la Cultura Celtibérica y en cuyo proceso de etnogénesis debió jugar un papel esencial como factor de cohesión.

Un nuevo período se desarrolla a partir del siglo V a.C., el conocido como Celtibérico Pleno (ca. mediados del siglo V - finales del III a.C.), con variaciones regionales que permiten definir grupos culturales vinculables, a veces, con los *populi* conocidos por las fuentes literarias. El estudio de los cementerios y, especialmente, de los objetos metáli-



Muralla de la ciudad celtibérica de **Contrebia Leucade**, en Aguilar del río Alhama (La Rioja). La elección del lugar obedece a imperativos estratégicos y militares.



Grupo de **cerámica policroma** de Numancia, con adornos geométricos y representación figurativa de animales (Soria, Museo Numantino).

cos depositados en las tumbas, principalmente las armas, ha proporcionado un buen conocimiento de los mismos y de su evolución, aunque la periodización propuesta no es fácil de correlacionar con la información procedente de los poblados, muchos únicamente conocidos a través de materiales recogidos en superficie.

Tesoros para el más allá

La creciente diferenciación social se manifiesta con la aparición de tumbas aristocráticas, cuyos ajuares están integrados por un buen número de objetos, algunos excepcionales, como las armas bronceas de parada, o las cerámicas a torno. Este importante desarrollo aparece inicialmente circunscrito al Alto Henares-Alto Tajuña, afluentes del Tajo, así como a las tierras meridionales de la provincia de Soria correspondientes al Alto Duero y al Alto Jalón, como resultado de la riqueza ganadera de la zona, el control de las salinas, la producción de hierro, o debido a su privilegiada situación geográfica, al tratarse del paso natural entre el valle de Ebro y la Meseta. El mayor número de necrópolis en la zona puede asociarse con el aumento en la densidad de población.

En este período, la espada se incorpora a los ajuares de las tumbas de guerrero. Se trata de modelos de antenas y



Reconstrucción ideal de un **guerrero celtibero**, cubierto con sagu y armado de caetra, espada corta y lanza (por Eduardo Peralta Labrador).

de frontón, que se documentan conjuntamente en el Mediodía peninsular desde inicios del siglo V a.C. También se hallan puntas de lanza, que en ocasiones alcanzan los 40 centímetros de longitud, usualmente acompañadas de sus regatones, *soliferrea* y, posiblemente, *pila*. El escudo, con umbos de bronce o hierro, el cuchillo de dorso curvo, y, en ciertos casos, el disco-coraza y el casco, ambos realizados en bronce, completan la panoplia. Es frecuente encontrar, junto a ellos, arreos de caballo, un signo más de la categoría del personaje al que acompañan. Estos objetos muestran una sociedad fuertemente jerarquizada, en las que las tumbas de mayor riqueza se vinculan con grupos aristocráticos. Diversas influencias se ponen de manifiesto en cuanto a la procedencia de los mismos, sobre todo por lo que se refiere a las armas: norpirenaicas, a través del valle del Ebro, y las tierras del Mediodía y el Levante peninsular, de inspiración mediterránea.

En cuanto a los poblados, se generaliza a partir de la Segunda Edad del Hierro el esquema urbanístico de calle o de plaza central, incorporándose nuevos sistemas defensivos consistentes en murallas acodadas y torreones rectangulares, que convivirán con los característicos campos de piedras hincadas, ya documentados desde el Primer Hierro en

CRUELES, PERO HONORABLES

Los celtiberos son crueles en sus costumbres hacia los malhechores y enemigos, pero honorables y humanos con los extranjeros. A aquellos que llegan ante ellos los invitan a detenerse en sus casas y disputan entre sí por la hospitalidad, y aprueban a todo aquel que atiende a los extranjeros, considerándolo amado por los dioses". Diodoro (5, 34).

"De las tribus vecinas de los celtiberos, los más avanzados son el pueblo vacceo. Cada año dividen entre sus miembros la tierra que cultivan, y, haciendo de sus frutos la propiedad de todos, reservan su parte a cada hombre, y los cultivadores que se hubieran apropiado de algún lote son castigados con la muerte". Diodoro (5, 34, 4).

"Los celtiberos alcanzaron considerable gloria y lucharon durante mucho

tiempo con los romanos, que a duras penas pudieron vencerlos. Muéstranse en la guerra no sólo buenos jinetes, sino también peones excelentes por su empuje y resistencia. Llevan sayos negros y ásperos, de una lana parecida al pelo de las cabras salvajes. Algunos celtiberos se arman con escudos galos; otros, en cambio,



Dos **puñales celtibéricos** de la necrópolis de Carratiermes (Soria, Museo Numantino).

llevan *cyrtias* redondas, llevan también en las piernas arrolladas grebas de pelo y en la cabeza, cascos de bronce adornados con crestas de color escarlata. Usan espadas de dos filos fabricadas en hierro excelente y puñales de un palmo de longitud de los cuales se sirven en los combates cuerpo a cuerpo.

Tienen un modo peculiar de preparar las armas que utilizan para su defensa. Entierran láminas de hierro y las dejan hasta que, con el tiempo, la parte débil del hierro, consumida por la herrumbre, se separa de la parte más dura, de ésta hacen espadas excelentes y los demás objetos concernientes a la guerra. Las armas así fabricadas cortan todo lo que se les pone: ni escudo, ni casco, ni hueso resisten a su golpe, por la extraordinaria dureza de su hierro..." Diodoro (5, 33-38).



Fíbula de **caballito con jinete**, un tema clásico en la iconografía celtibérica. Las anillas insertadas en la crinera y en la cola tenían por fin propiciar su tintineo con el movimiento.

varios castros de la serranía de Soria. El Celtibérico Tardío (de finales del s. III al s. I a.C.), es un período de transición y de profundo cambio en el mundo celtibérico. La tendencia hacia formas de vida cada vez más urbanas puede considerarse como el hecho más destacado, tendencia que se debe enmarcar entre el proceso precedente en el mundo tar-

celtibérico más interesante, remitiendo a una institución tan típicamente indoeuropea como el *hospitium*, las leyendas monetales, los grafitos sobre recipientes cerámicos o metálicos, las estelas funerarias y las inscripciones rupestres de carácter religioso, entre las que destaca el conjunto de Peñalba de Villastar, sobre todo el conocido texto en

EL ARTE CELTIBÉRICO ES CONSECUENCIA DE LA FUSIÓN DE LAS TRADICIONES IBÉRICA, HELENÍSTICA, ROMANA Y DE LA TÉNE

tesio-ibérico y el de la aparición de los *oppida* en Centroeuropa. En relación con este proceso de urbanización estaría la probable aparición de la escritura, que se documenta ya mediado el siglo II a.C. en las acuñaciones numismáticas, pero la diversidad de alfabetos y su rápida generalización permiten suponer una introducción anterior desde las áreas ibéricas meridionales y orientales. Los epígrafes celtibéricos son de distinto tipo, destacando dos documentos de gran extensión interpretados como textos oficiales: los Bronces de Botorrita, las inscripciones indígenas más extensas de todas las halladas en la Península Ibérica.

A ellos se añaden las téseras de hospitalidad, quizás el tipo de documento

alfabeto latino en el que se menciona a dios céltico Lugu.

Este proceso hacia formas de vida más urbanas contribuyó desivamente al desarrollo de las manifestaciones artísticas celtibéricas, como la orfebrería, el trabajo del bronce, las representaciones monetales y la producción cerámica, destacando las cerámicas monocromas y policromas de Numancia. El arte celtibérico es la consecuencia de un proceso de sincretismo, cuyos influjos formales provienen tanto de la tradición ibérica como de las influencias helenísticas y más tarde romanas, y, también, aunque de forma más aislada, de la tradición de la cultura de La Tène. Todo ello les otorga una indudable personalidad dentro del mundo céltico al que

pertenecen estas creaciones, como evidencian sus elementos estilísticos e ideológicos.

A la vez se desarrolla un proceso de ordenación jerárquica del territorio, en el que el carácter urbano de los *oppida* se define por su significado funcional más que por el arquitectónico, aunque se sepa de la existencia de edificios públicos, apareciendo a finales del siglo II a.C. grandes *villae* de tipo helenístico, como la de La Caridad de Caminreal, muestra de una fuerte aculturación romana. En estos asentamientos se aprecia, igualmente, una ordenación interna según un plan previsto. Son centros que acuñan moneda con su nombre, de plata en los más importantes, y son expresión de una organización social más compleja, con senado, magistrados y normas que regulan el derecho público.

Romanización imparable

El proceso romanizador resulta evidente desde el 133 a.C., con la destrucción de Numantia, y caracteriza la última parte de la cultura celtibérica, que culmina en el siglo I d.C., en el que los antiguos *oppida* celtibéricos de Bilbilis, Vxama, Termes o Numantia se han convertido en ciudades romanas.

Las noticias de los autores grecolatinos permiten en esta fase profundizar en la organización sociopolítica de los celtiberos. La existencia de grupos parentales de carácter familiar o suprafamiliar, de instituciones sociopolíticas, como senados o asambleas, o de tipo no parental, como el *hospitium*, la clientela o los grupos de edad, así como entidades étnicas y territoriales que son conocidas por primera vez, se documentan a través de las fuentes literarias o de las evidencias epigráficas. También ofrecen información sobre la organización económica de los celtiberos, de carácter eminentemente pastoril, completada por una agricultura de subsistencia.

Todo ello permite remarcar la personalidad de la cultura celtibérica en el cuadro general del mundo céltico, en gran medida debido a la importante influencia que la cultura ibérica ejerció sobre ella, unido a su situación periférica en Europa, alejada de las corrientes que afectaron a los celtas continentales, identificados arqueológicamente con las culturas de Hallstatt y de La Tène.

El país de los VERRACOS

Bautizado por los clásicos como Vettonia, el territorio que hoy ocupan Ávila, Salamanca y parte de Zamora, Cáceres y Toledo estaba ocupado por un pueblo ganadero, que dejó cientos de esculturas de cerdos y toros.

JESÚS R. ÁLVAREZ-SANCHÍS analiza su compleja estructura social

El territorio que en la actualidad forman las provincias de Ávila y Salamanca, así como una parte de las de Zamora, Toledo y Cáceres, compartió en los siglos inmediatos al año 500 a.C. una identidad cultural que fue reconocida en los textos de los escritores clásicos griegos y romanos con el nombre de Vettonia o región de los pueblos vettones. Gran parte de la Meseta española estaba entonces inmersa en un proceso de explotación intensiva del paisaje, con la conversión de amplios territorios en pastos y tierras de cultivo. Estas estrategias facilitaron asentamientos más prolongados y de mayor tamaño, un incremento demográfico notable e importantes síntomas de jerarquización social. La población empezó a protegerse, construyendo murallas, torres y fosos. Estos poblados fortificados se conocen genéricamente como castros. Otro rasgo perceptible fue la actitud hacia los muertos, que eran incinerados y guardados en urnas, que luego se depositaban en cementerios extensos y diferenciados.

Los sitios elegidos para vivir solían ser puntos elevados y de difícil acceso, en la confluencia de dos o tres cauces, y junto a excelentes vías de comunica-

JESÚS R. ÁLVAREZ-SANCHÍS es profesor del Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense de Madrid.



Remate de un báculo de distinción con el motivo del jinete a caballo, que también se halla en fíbulas (Soria, Museo Numantino).

ción. Aunque no se puede afirmar rotundamente, una gran parte pudo haber contado con murallas.

A falta de una cartografía detallada, podemos hablar desde pequeñas aldeas de unas pocas familias, por debajo de la hectárea, hasta poblados entre 20 y 70 hectáreas, con comunidades de varios centenares de personas. En época tardía algunas ciudades rebasarían incluso estas cifras.

La técnica constructiva de las murallas era bastante uniforme: dos paramentos, externo e interno, de mam-

postería en seco, con un relleno de piedras dispuestas ordenadamente en capas horizontales y trabadas unas a otras. Se construía directamente sobre el suelo de la roca natural, alcanzando una anchura de 4 a 8 metros de promedio. No es fácil calcular la altura original, pero algunos castros salmantinos conservan tramos de cuatro e incluso seis metros. Es posible que el remate estuviera realizado en madera. El trazado de las murallas se adaptaba bien a la morfología del terreno y a veces se acompañaba de imponentes bastiones defensivos. Los vemos, por ejemplo, en los castros de Las Cogotas (Cardenosa), Yecla la Vieja (Yecla de Yeltes) o Las Merchanas (Lumbrerales). En ocasiones, la muralla iba precedida por uno o varios fosos de anchura variable. Más comunes eran los llamados “campos de piedras hincadas”: amplios espacios literalmente sembrados de piedras, frecuentemente puntiagudas y de aristas cortantes, dejando pequeños intervalos entre unas y otras, y colocadas siempre en las zonas vulnerables del poblado, es decir, en las inmediaciones de las puertas.

La organización interior de los castros vettones estaba condicionada por el desnivel del terreno y los afloramientos de granito. Eso descartaba superficies apreciables que, en cualquier caso, era preciso incluir dentro para adaptar las



Los Toros de Guisando, el grupo de verracos mejor conservado de los vettones, que colocaban estas esculturas en puntos elevados junto a sus pastos.

murallas a las curvas de nivel y no cruzarlas de forma violenta. Por ejemplo en Las Cogotas no hay un plan ordenado de manzanas de casas, ni propiamente calles. Las primeras se agrupan irregularmente junto a la muralla o buscando protección entre grandes bloques de rocas. La trama urbana de algunos poblados era sin embargo más compleja, como en el caso de Ulaca (Solosancho, Ávila), donde se han reconocido cerca de 250 casas y estructuras de piedra en el interior, repartidas en torno a calles y vaguadas. En el sector más elevado del poblado destacan dos construcciones rupestres monumentales. La primera se conoce como *Altar de Sacrificios* y es una estancia tallada en la roca, asociada a una gran peña, en la que una doble escalera conduce a una plataforma con varias concavidades comunicadas entre sí. La

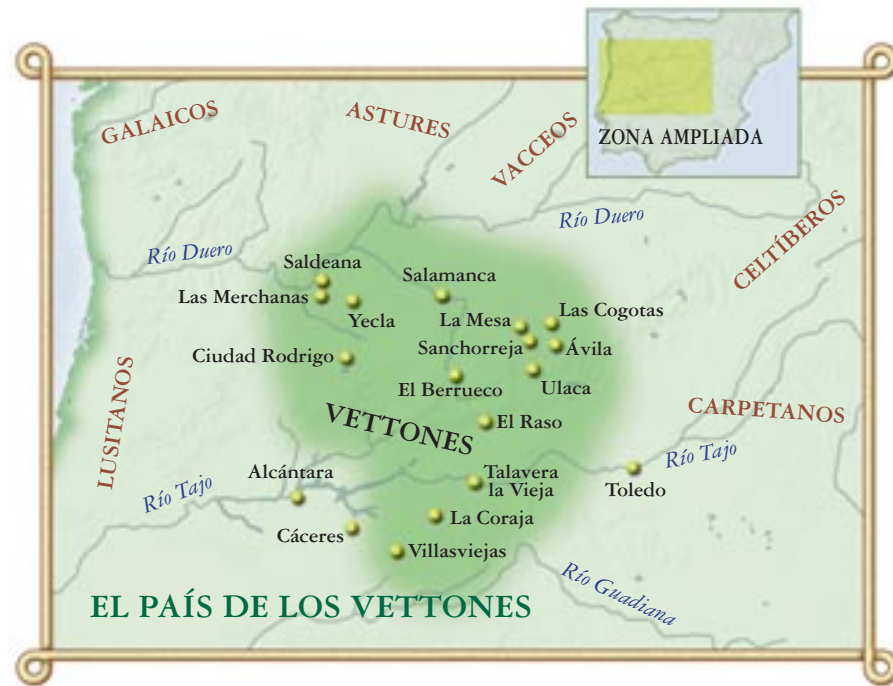
sacralidad del monumento se ha establecido a partir de una serie de paralelos, el más conocido de los cuales es el santuario portugués de Panoias, asociado a inscripciones latinas que nos informan sobre los sacrificios de animales realizados en el lugar. La segunda es una estructura de planta rectangular formada por una antecámara, seguida de una cámara y un horno, que seguramente hay que relacionar con un edificio termal de tipo iniciático.

casas sin protección

La existencia de casas extramuros permite suponer que el recinto amurallado no implicaba una situación de peligro permanente. Esa misma situación encontramos en otros castros vettones, como Las Cogotas o Salmantica –la actual Salamanca– conquistada por el cartaginés Aníbal en el año 220 a.C.

Las necrópolis vettonas de la provincia de Ávila constituyen la fuente esencial de información para los arqueólogos. El punto de partida viene definido por dos grandes cementerios excavados en los años 30: Las Cogotas, con 1.613 tumbas repartidas en cuatro zonas con espacios estériles entre ellas, y La Osera, que es como se conoce habitualmente a la necrópolis del castro de La Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra), con unas 2.230 sepulturas distribuidas en seis zonas.

Las primeras tumbas vettonas se han fechado hacia el siglo V a.C., y no hay duda que el arma más importante en esa etapa fue la espada de hierro, sobre todo la denominada “de antenas atrofiadas”. Hacia el 300 a.C. empiezan a aparecer distintos modelos de escudos y puñales, como los denominados “de frontón y dobleglobular” por la forma



de sus pomos, que continuarán vigentes en las guerras con Roma. En todo caso, no hay que perder de vista la preponderancia que tenían las lanzas y jabalinas en el armamento individual. Pero la inmensa mayoría de las tumbas contenían muy pocos objetos o ninguno, y sólo unas pocas contenían muchos.

La sociedad vettona formaba una estructura piramidal, con una élite militar en la cúspide con caballos y armas de lujo que marcaba su posición frente a un grupo de guerreros más amplio pero con una panoplia más modesta. Por

SE CONSERVA UN TOTAL DE 400 VERRACOS DE GRANITO, QUE REPRESENTAN CERDOS Y TOROS MACHOS DE ENTRE 1 Y 2,5 METROS DE LARGO

debajo estaba el grupo de artesanos y comerciantes. Y por último, casi el 85 por ciento, los enterramientos sin ajuar, que correspondían a los campesinos y tal vez a siervos y esclavos. Lo que parece claro es el importante papel que tuvo que desempeñar la clase aristocrática ecuestre en la toma de decisiones. El castro salmantino de Yecla la Vieja alberga en este sentido un interesantísimo conjunto de grabados rupes- tres donde aparecen caballos, así como la escena de una cacería en la que unos jinetes armados con lanza persiguen a unos jabalíes.

Del mismo sitio proceden varias efi-

gies de granito que representan cabezas humanas, tal vez concebidas para ser empotradas en las paredes de las viviendas. Suelen paralelizarse con las denominadas “cabezas cortadas” o “cabezas célticas”, singulares manifestaciones del arte figurativo, que han querido relacionarse con las noticias que transmiten Diodoro y Estrabón sobre la costumbre celta de cortar las cabezas de los enemigos.

La explotación de recursos ganaderos debió ser un aspecto esencial en el régimen de vida y, si tenemos en cuenta

lo limitadas que pudieron ser sus posesiones, podemos apreciar la enorme importancia que debió tener el ganado como materia prima. Una parte de los recintos amurallados podría haber cumplido la función de cercado para las reses. Los restos arqueológicos nos hablan de una producción diversificada, pero tampoco podemos descartar una cabaña especializada. Este dato justificaría la importancia que tuvieron en estas poblaciones el toro y el cerdo, cuya relación con las esculturas conocidas como “verracos”, una de las manifestaciones arqueológicas más llamativas del territorio vetton, es indiscutible.

Se trata de efigies de granito que representan cerdos y toros machos, de entre 1 y 2,5 metros de longitud. El número de piezas conocidas ronda los cuatro centenares, siendo los Toros de Guisando su conjunto más representativo. Se ha pensado que estas esculturas podían tener un significado religioso relacionado con la protección del ganado, o bien ser monumentos funerarios, porque se conocen algunas piezas con inscripciones romanas con esa función. Las investigaciones más recientes insisten en una explicación de carácter económico y simbólico, dado que una parte considerable se localiza en prados y pastizales de excelente calidad, cerca de fuentes de agua y a varios kilómetros de los poblados. Al mismo tiempo, los lugares donde se han descubierto estas efigies ofrecen unas excelentes condiciones de visibilidad. De este modo, las esculturas podrían funcionar como una especie de hitos de piedra destinados a señalar un recurso económico esencial para la subsistencia del ganado (los pastos) cuya explotación sería organizada por los jefes de las diferentes comunidades. La idea se corresponde bien con el tipo de sociedad jerarquizada que se observa en los cementerios.

Choque armado con Roma

El primer contacto de los vettones con las legiones romanas se produjo el año 193 a.C., cuando el pretor Marco Fulvio vence, en Toledo, a una coalición formada por carpetanos, vettones, vacceos y celtiberos. En vísperas de la conquista romana de la Meseta, se produjeron importantes modificaciones en la arquitectura y en la organización interna de los poblados. Se construyen murallas de piedra muy distintas de las existentes, con paramentos angulosos y de gran aparejo, torres de planta cuadrada y la fundación de nuevos sitios.

Los asentamientos más importantes ofrecen una división interior más compleja, que se organiza en barrios, talleres, santuarios, mercados... dando germen a las primeras ciudades vettonas conocidas. Las excavaciones en Las Cogotas permitieron localizar un taller alfarero con torno, un pavimento de piedra y un basurero, lo que permite plantear una organización del poblado más compleja de lo supuesto inicialmente.

La distribución del poblado ofrece

una zonación significativa –residencial, industrial, encerradero de ganados, barrios extramuros– y muy probablemente también por clase social, como refleja el análisis sociológico del cementerio. En este dispositivo se podría considerar Ulaca como un yacimiento jerarca, cuya función religiosa debió ser exclusiva en la comarca. El tamaño del recinto fortificado –más de 70 hectáreas–, convierte al poblado abulense en la ciudad vettona más importante de la región.

Este modelo contrasta con los siglos precedentes y sugiere que algunos centros cumplían importantes funciones de servicio para las comunidades de los alrededores, además de facilitar refugio. Estos grandes poblados fortificados de finales de la Edad del Hierro se conocen también con el nombre latino de *oppida* (*oppidum*, en singular).

Lujos de importación

El desarrollo urbano alcanzado por estos *oppida* podría considerarse resultado de la intensificación del comercio con Roma. Ciertos bienes de lujo romanos llegaron a la Meseta en el siglo II a.C.: servicios de vajilla asociados al ritual del consumo de vino, aceite de oliva, telas, perfumes... Pero no hay que sobredimensionar esta cuestión. Los asentamientos vettones proporcionaron desde el siglo IV a.C. pruebas de



Cerdo o jabalí de Las Cogotas. Estas esculturas quizá tuvieron un significado religioso relacionado con la protección del ganado.

la producción de hierro, de la fundición de bronce, de la fabricación de cerámica, de la confección de tejidos, de la talla en piedra, producción agrícola y almacenamiento de alimentos a gran escala.

También los ajuares de las tumbas demuestran intercambios con otras poblaciones de la Meseta a grandes distancias, antes de la llegada de los romanos. Hay indicios seguros de una creciente industrialización entre las comunidades vettonas con anterioridad a

la conquista. Pero el sistema sólo contó con unas pocas décadas de desarrollo independiente. La dominación romana condicionó las características del hábitat indígena, organizando el territorio en función de los usos agrícolas del suelo e instaurando un centralismo político y administrativo sin precedentes. Los campamentos militares resultaron de enorme importancia como estímulo para el desarrollo urbano y una nueva red de comunicaciones forzó a la sociedad indígena a moverse en el paisaje de una manera muy diferente, sobre todo a partir de las guerras sertorianas (82-72 a.C.). Por entonces, los viejos núcleos ganaderos de Las Cogotas, La Mesa de Miranda o Ulaca comenzaron a despoblarse. La población debió trasladarse a la vega, seguramente al lugar que hoy ocupa Ávila, cuya aparente semejanza con la ciudad vettona de Obila mencionada por Ptolomeo ha originado una identificación hipotética con la ciudad actual. En algunos poblados salmantinos, como Yecla, Ciudad Rodrigo o la propia Salamanca, se constata una indiscutible continuidad entre el mundo indígena y el altoimperial. A finales del siglo I a.C., parte de los antiguos *oppida* vettones había desaparecido. En los dos siglos siguientes se advierte un aumento de población y la preferencia por explotar tierras aptas para el cultivo a través de las *villae*, que romperán con los modos de explotación tradicionales.

LA SUPERVIVENCIA LINGÜÍSTICA

Las lenguas celtas proceden de la gran familia indoeuropea, al igual que el latín y sus derivados, los idiomas germánicos y eslavos, las lenguas iranianas y varias de las lenguas habladas en la India en la actualidad.

Quedan aún dos grupos de lenguas célticas vivas en Europa: las de Irlanda y las tierras altas de Escocia, por un lado, y las de Gales y la Bretaña francesa, por otro. El bretón descende de una lengua transferida desde el sur de Inglaterra, a la que se denomina britónico, y de la que también deriva el galés.

En cuanto a la lengua escrita de los celtas de la Península, que utilizaron la escritura inventada por los íberos del Mediterráneo, en los años 20 del siglo XX. Manuel Gómez Moreno logró comprender finalmente su carácter mixto de

silabario y alfabeto. Posteriormente, se ha avanzado mucho en su conocimiento con los estudios de Caro Baroja de 1943 y de Antonio Tovar en 1946, junto al descubrimiento del Bronce de Botorrita.

a	b	p	ki	z	j
e	v	r	ko	x	z
i	n	r	ku	o	o
o	h	h	ta	x	x
u	t	t	te	o	o
l	r	r	ti	u	u
r	q	p	to	w	
m	t	m	tu	l	
n	v	v	ba	i	i
s	s	i	be	z	w
s	m	m	bi	r	
ka	a	a	bo	x	*
ke	e	e	bu	o	

Reconstrucción de la escritura celtibérica occidental y oriental.

Resistencia a ROMA

Dos siglos tardó Roma en dominar militar y culturalmente a los pueblos celtas de la Península, más resistentes a la asimilación que el mundo ibero. **MARÍA MARINÉ** sintetiza el complejo proceso de romanización de la Hispania céltica



La integración de la península Ibérica en el ámbito romano tuvo lugar tras una larga conquista militar de dos centurias, entre los años 218 a.C. y el 19 a.C. Para ello, primero tuvo que ser escenario del enfrentamiento entre Cartago y Roma por la supremacía del comercio marítimo, cuando ambas potencias buscaban un respaldo territorial para sus aspiraciones talasocráticas. Son las tres Guerras Púnicas que, además de implicar la aniquilación final de Cartago, dotaron a la Península de un especial protagonismo estratégico –sobre todo durante la Segunda–, y la convirtieron en un foco de atención por su riqueza minera, agrícola y de potencial humano para una Roma que, hasta el momento, no estaba

interesada en ampliar los límites físicos de su Estado, sino los de su poder.

Es también la horquilla cronológica entre los siglos III y I a.C., entre el desembarco de Escipión en *Emporion* y la victoria final de Agripa sobre los cántabros dos siglos después, donde se sitúa el proceso romanizador de la ya llamada Hispania; si bien, por un lado, los

contactos transculturales se han iniciado antes de la presencia efectiva de tropas, y, por otro, su alcance e intensidad es diverso, según zonas, hasta el punto de dificultar la precisión de cuándo se puede hablar de los habitantes de la Península como hispanorromanos.

El área céltica conoce directamente las nuevas ideas y a sus portadores a partir de 184 a.C., con la etapa de conquista emprendida tras la sublevación de celtíberos y lusitanos que da lugar a las guerras homónimas, aunque la recepción generalizada no se aprecia hasta las guerras civiles, a partir de 80 a.C., cuando los hispanos no sólo luchan como mercenarios en los sucesivos bandos que se disputan el poder de la metrópolis –Sertorio, Metelo, Pompeyo, César, Petreyo– sino que llegan a implicarse con algunos de ellos como partidarios, participando en los aconteci-

mientos como protagonistas, no meras víctimas o espectadores. En el cambio de era, después de un siglo de relaciones y confrontaciones, se puede dar por terminada la fase romanizadora, si bien con un tinte superficial en los enclaves septentrionales –astures y cántabros– de tan reciente incorporación; es a partir de estos momentos cuando también la zona céltica de la Península evoluciona como una porción más del Imperio.

Idioma, dioses y armas

No por sabidos hay que dejar de consignar los agentes que impulsan la aculturación hacia lo romano, en un círculo vicioso de causa-efecto, en el que es difícil –imposible– distinguir motores y resultados, ya que todos ejercen ese doble papel. Los tres principales son la lengua, el ejército y la religión.

El latín, la lengua de los conquistado-

res, se impone en todo el Mediterráneo occidental, primero como *lingua franca* o instrumento de comunicación, que después acaba reemplazando a las lenguas vernáculas. Este cambio es difícil de fechar porque sus testimonios son lógicamente derivados: son los textos que fijan la expresión oral. Para los celtas hispanos la latinización implica iniciarse en la escritura; hasta ellos no había llegado la influencia del alfabeto ibérico que permitió a los celtíberos “alfabetizar” su lengua, para posteriormente también pasar al abecedario latino. Los primeros documentos (Untermann, 1995) son títulos monetales –cecas de Toletum y Segouia con denominación y caracteres latinos, al igual que los ases de Clunia, si bien no sus denarios escritos en ibérico–, y pactos de amistad personal fijados en placas metálicas o tésseras, recuperadas tanto en su ver-

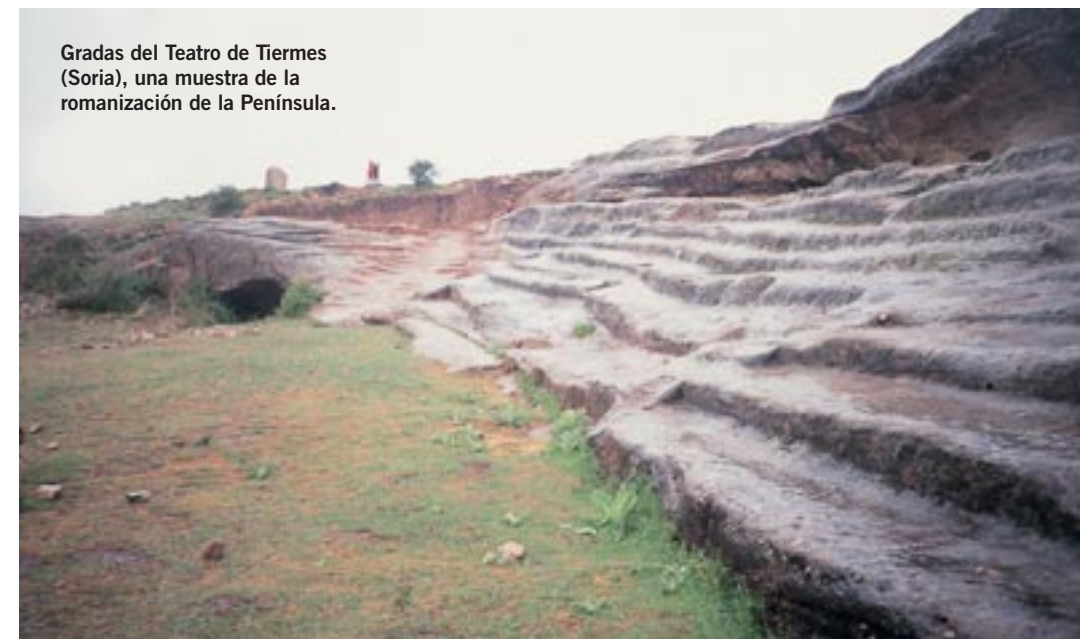
sión celtibérica (*kar*) como latina (*hospitium*), con cronologías paralelas que rondan el cambio de Era. También de la propia existencia de textos legales y contratos de colaboración entre clanes –con la fórmula de *hospitium* o de *patronatus*–, grabados en planchas de bronce y expuestos para general conocimiento del público, se deduce que éste podía entender la transmisión del latín, ya que no tenía que saber leer individualmente. Como reciente ejemplo de este tipo de documentos, hay que mencionar el novedoso *Edicto de Augusto* de El Bierzo, del año 15 a.C., con la más temprana dotación de privilegios a las tribus de la zona.

Íntimamente vinculado con el abecedario está el sistema numeral, de adopción sistemática universal: las cuentas, las edades, las fechas y períodos. Es decir, también el calendario y el horario se



Estela funeraria de Borovia, con un guerrero a caballo (Soria, Museo Numantino).

MARÍA MARINÉ es directora del Museo de Ávila.



Restos de columnas, en el gran edificio de adobe de las ruinas de **Contrebia Belaisca** (Zaragoza).

NUMANCIA

La conquista de Numancia estuvo precedida por una guerra punteada de episodios muy crueles. En 137 a.C., los jóvenes de Numancia se lanzaron sobre los soldados de Cayo Hostilio Mancino para cortarles la mano derecha. Mediante ese tipo de acción bélica podían aspirar a casarse con jóvenes de la nobleza local.

Mancino firmó una paz muy desfavorable que no fue ratificada por el Senado. Los senadores entregaron a Mancino desnudo a las puertas de Numancia. La guerra dio un giro a favor de los romanos cuando se puso al frente de las legiones Publio Cornelio Escipión, sobrino adoptivo del Escipión que había conquistado Cartago Nova y Cádiz 146 a.C.

Escipión construyó un muro alrededor de Numancia con siete campamentos protegiendo los puntos más elevados. El asedio duró ocho meses. Los defensores, hambrientos y sedientos, se entregaron incluso al canibalismo. Al final, la ciudad conoció un final terrible y sus escasos supervivientes fueron vendidos como esclavos.

expresan según guarismos y contabilidad latina, como testimonian los cómputos y dataciones de todo tipo de inscripciones, cualquiera que sea la raíz étnica que denote el nombre de sus protagonistas.

La mutación de la lengua se demuestra asimismo en la latinización de los nombres de lugares y personas que, por ser identificativos, tanto cuesta siempre cambiar o traducir: se adaptan, se escriben cuando es preciso y (se supone) se pronuncian, al modo latino. Así se ha dado lugar a un extenso registro de más de un centenar de familias de antropónimos de origen celta, y a casi otros tan-

EL EJÉRCITO ROMANO FUE EL GRAN ELEMENTO INTEGRADOR DE LA PENÍNSULA, AL CREAR UNA RED DE CALZADAS Y PUENTES PERMANENTES

tos topónimos, rastreables por sufijos característicos, como *briga* para definir un *oppidum*.

Legiones integradoras

El ejército romano es el gran transmisor de innovaciones, mueve personas e ideas, ejerciendo una enorme influencia a su alrededor, además de la derivada de las acciones militares. Su radio abarca los campamentos donde se instala y la población satélite, los hispanos que se integran en las legiones y que vuelven como jubilados una vez licenciados, pa-

ra explotar las propiedades con que se premia su fidelidad. Hay que recordar aquí las ciudades campamentales de *Augusto Legio VI* en León, *Iuliobriga*, cercana a Reinosa, *Asturica*, *Bracara*, *Lucus Augusta*, Astorga, Braga, Lugo, *Pax Iulia*, Beja, y de veteranos (*emeritii*) en *Emerita Augusta*, Mérida.

El trasiego de tropas necesita vías de comunicación permanentes; para ellas se construye una red de calzadas y puentes, aprovechando rutas ancestrales o de nuevo trazado, que dejan establecidos caminos para cualquier otro intercambio. Así quedan unidas las grandes ciudades, dibujando en la zona central

de la Península un triángulo principal, por los núcleos que une y por las reiteradas citas en los itinerarios de la Antigüedad, que articula el espacio celta con vértices en Mérida, Astorga y Zaragoza. El primer eje, conocido como Vía de la Plata, reproduce una senda milenaria de comercialización Norte-Sur de materias primas.

El conjunto de leyes y normas del Derecho Romano marca las reglas objetivas de convivencia, por muy dispares que sean los individuos implicados. Son unas reglas escalonadas, desde la “no

persona” (el esclavo) al ciudadano de pleno derecho, en un escalafón que se puede recorrer por méritos propios o por concesión. Un paso intermedio, el Derecho Latino, regula las relaciones comerciales y las propiedades de los no ciudadanos.

En la Hispania celta escasea la ciudadanía, porque no se otorga a ciudades (colonias) ni a grandes masas, aunque sí lo son los itálicos que, tras cada convulsión, se instalan aquí ante el reclamo de sus riquezas naturales y su fácil explotación. El impulso respecto a los indígenas lo dan los generales de las guerras civiles –Metelo, Pompeyo y César, sobre todo– que compensan con los máximos derechos a sus partidarios, ligados mediante vínculos particulares de *fides* y *deuotio*. Con este panorama no extraña que, pasadas tres generaciones después del momento en que se considera romanizada la Península, Vespasiano concediera el Derecho Latino a todos sus habitantes.

La implantación de una única superestructura político-administrativa sigue de forma inmediata a la paulatina conquista. Su evidencia es la organización en provincias y unidades jurisdiccionales –primero asimilando las preexistentes con la adopción de sus jefes, después a base de *conuentus*– en manos de magistrados integrados en la carrera política. Tras los primeros contactos con Roma, Hispania es dividida en dos provincias, Citerior y Ulterior –“más cerca-

na” y “más lejana”–, según la fórmula utilizada cuando no está claro el ámbito controlado y en proceso la conquista. Posteriormente, la pacificación total de Augusto completa las delimitaciones transformando la primera en Tarracense, la segunda en Bética y creando la Lusitania entre el Duero y el Guadiana. El control del territorio es absoluto; también el de la vida pública de los individuos, con la unificación del sistema monetario, pesos y medidas, para establecer una fiscalidad general.

Supervivencia de los dioses celtas

El sincretismo religioso admite los más variados cultos, que conviven sin dificultad en el panteón romano, aglutinando advocaciones análogas y permitiendo, con la unificación cultural, la expansión de religiones de reducido ámbito inicial desde sus focos originales. De ahí la perduración de divinidades celtas en Hispania –Lug, Endovelico, Ataecina, los más arraigados– y la mixtificación de dioses con adaptaciones de formas y rituales, constituyendo el mejor ejemplo local el de los lares viales, los protectores de caminos.

En las creencias, Roma sólo impone el culto al emperador convertido en dios porque supone acatar la legitimidad de su poder; por lo demás tolera la coexistencia de todos lo que quiera la voluntad de cada cual. En este ambiente de total comprensión, sólo resultará incompatible el cristianismo.

Los primeros conatos romanizadores tropezaron con algunos modos célticos de organización social renuentes al cambio, que forman lo que se ha denominado como “legado indoeuropeo” (Blázquez, 1975) o como “resistencia” (Curchin, 1991), en contraste con lo que ocurre en la zona ibérica, donde la integración fue absoluta. Esto se aprecia también en la escasa implantación de la vida urbana en la zona de los castros de los primeros tiempos, y en los lentos cambios de las costumbres privadas y familiares, con la continuidad de gentilidades y centurias como fórmulas intermedias de organización.

PARA SABER MÁS

- ALMAGRO-GORBEA, M. (1993), “Los Celtas en la Península Ibérica: origen y personalidad cultural”, en ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.), *Los Celtas: Hispania y Europa*, Madrid.
- BLÁZQUEZ, J. M., *La Romanización*, Madrid, Istmo, 1974.
- CURCHIN, L. A., *Roman Spain. Conquest and assimilation*, London, Routledge, 1991.
- LORRIO, A. J. (1997), “Los Celtíberos”, (*Complutum* Extra 7), Alicante.
- ROLDÁN, J. M., “Hispania Republicana” en BLÁZQUEZ y otros, *Historia de España Antigua II. Hispania Romana*, Madrid, Cátedra, 1978.
- VV. AA. *Los celtas en la península ibérica*, Madrid, Zugarto, 1991.
- UNTERMANN, J., “Epigrafía indígena y Romanización en la Celtiberia” en BELTRÁN LLORIS, F. (ed.), *Roma y el nacimiento de la cultura epigráfica en Occidente*, Zaragoza, I. Fernando el Católico, 1995.
- www.timeshop-online.com/web/celtas.html#